

W. V. Quine. *

Los Límites Conductuales del Significado

*Traducción de Edgar Roy Ramírez

Los críticos han dicho que mi doctrina de la indeterminación de la traducción es una consecuencia de mi conductismo. Algunos incluso han dicho que es una reductio ad absurdum de éste. Estoy en desacuerdo con el segundo punto, pero de acuerdo con el primero; la indeterminación es efectivamente una consecuencia de mi enfoque conductista. Aun más, sostengo que el enfoque conductista es obligatorio. En psicología puede ser conductista o no serlo; pero en lingüística no hay opción: el lenguaje consiste en disposiciones para la conducta verbal.

Para mí una disposición no es alguna especie de potencialidad abstracta e intangible. Es un estado físico actual o una estructura, puesto que identifico una disposición con sus bases físicas actuales. La solubilidad, la disposición de disolverse en agua es una combinación real y presente de las moléculas. El disolverse en agua es tan solo una manera familiar cómo se manifiesta la combinación.

Del mismo modo, una disposición a la conducta, verbal o de otro tipo, es un estado corporal actual, un estado de los nervios y algunas veces de las hormonas. Así como los espasmos y la fiebre son signos externos de varias infecciones o de otros trastornos internos, el habla es sintomática del lenguaje: sintomática de los estados corporales que son disposiciones para la conducta verbal.

A veces una enfermedad lleva el nombre de su manifestación visible: fiebre ondulante (fiebre de malta) y baile de San Vito. Esta es la manera de considerar los términos disposicionales, son una locución para llamar un estado interno como su manifestación. La solubilidad es una combinación molecular que recibe el nombre de su síntoma que llama la atención, la disolución. Se puede entender

bien el detalle mecánico o estructural de una disposición tal como ha ocurrido en la actualidad con el caso de la solubilidad, o es posible que no se entienda como en el caso de las disposiciones verbales. En este último caso, la única manera como podemos especificar de qué estado interno hablamos, y que quizá proponemos que se investigue, es por referencia a su manifestación. De ahí la utilidad y en realidad, la indispensabilidad de la locución disposicional. La potencialidad, empero, no está ni aquí, ni allá.

Dada la ilimitada multitud de oraciones diferentes que un individuo está dispuesto a producir si aparecen las ocasiones, Paul Ziff una vez expresó incredulidad respecto de que todas las disposiciones distintas pudieran acomodarse como estados concurrentes del sistema nervioso del hombre. La respuesta es, en una palabra, la recursión.

El hablante ha adquirido un repertorio grande pero limitado de disposiciones que abarcan su vocabulario y unas cuantas disposiciones más que posibilitan las variadas construcciones gramaticales. Estas lo capacitan para construir paso a paso oraciones sin límite. El detalle neurológico permanece oscuro; pero la respuesta al enigma de la ilimitada productividad es la recursión. La productividad de la recursión paso-a-paso no es más enigmática lógicamente que el hecho de que la disposición para caminar puede llevarlo a cualquiera de un número ilimitado de lugares.

Las disposiciones conductuales se dividen en dos clases. Una se ejemplifica por la disposición a comer. Desde hace mucho se ha sugerido, y quizá posteriormente refutado, que consiste fisiológicamente en una inervación del canal alimenticio que induce una perístasis contraria suave. Su

manifestación patente, como lo sugiere el nombre de la disposición, es la acción de comer. El comer es simplemente un signo externo de la disposición y no una causa que contribuye. Al contrario, la acción de comer tiende a calmar por un rato la disposición a comer. Por otro lado, las disposiciones conductuales del segundo tipo son generadas y guiadas por sus propias manifestaciones. El vicio de las drogas es una disposición de este tipo: el practicarla es lo que lo establece. También son disposiciones de este tipo las habilidades adquiridas, es su práctica lo que, mediante la información de retorno (realimentación), las perfecciona.

Esta última rúbrica, las habilidades, es lo que abarca a las disposiciones a la conducta verbal: el lenguaje es un sistema de habilidades adquiridas. Cada uno de nosotros las adquiere observando las manifestaciones de las disposiciones verbales de otra gente y haciendo que los otros le observen y refuercen o le corrijan su propia conducta verbal vacilante. La adquisición de la lengua materna por todo el mundo depende estrictamente de una conducta observable y manifiesta en situaciones observables externamente. El uso de las disposiciones verbales suministra los controles en los que esas disposiciones están sometidas a vigilancia y corrección. En la medida en que el dominio de nuestro lenguaje se ajusta a todos los controles donde nuestra elocución o nuestra reacción manifiesta a la elocución de alguien puede evaluarse a la luz de alguna situación compartida, hasta ahí todo va bien; tomamos el dinero y nos olvidamos del préstamo. Nuestra vida mental entre controles es indiferente a la clasificación como amos del lenguaje. De lo que se ocupa la lingüística es de las disposiciones a la conducta manifiesta y la conducta es una piedra de toque.

En otro lugar, he recurrido a la analogía de los arbustos podados uniformemente y cuyas estructuras internas de ramitas y de ramas son diferentes. La sociedad recorta uniformemente nuestra conducta verbal; pero la estructura interna de la asociación de palabras y la historia de adquisición puede ser tan diversa de un hablante a otro como la

estructura de las ramitas de los arbustos. Así dos hablantes pueden estar en perfecto acuerdo con el uso de una expresión y, no obstante, las conexiones neurales que subyacen a tal uso pueden ser ampliamente distintas dado que las historias de adquisición son diferentes. Sus disposiciones verbales son iguales en sus manifestaciones pero diferentes en su mecanismo interno.

He dicho que para que la igualdad y diferencia del lenguaje de las disposiciones verbales son todo lo que cuenta. Pero, aun esto es un exceso generoso. Todo lo que importa es el acuerdo y el desacuerdo en las manifestaciones de las disposiciones; sea como fuere su ejecución neural.

Esto no es sugerir que el lenguaje se aprende sin beneficiarse de los dotes innatos. Eso sería impensable. He recalado en Palabra y objeto que todo aprendizaje, aun el reflejo condicionado más elemental, presupone una disposición innata para asociar, más o menos estrechamente, estímulos. Ese tanto ha de atribuirse, a la manera de inclinación innata, a cualquier animal capaz de aprender o adquirir hábitos. Seguramente se necesita mucho más aun en lo que respecta a nuestra disponibilidad innata para el lenguaje, para explicar el que seamos el único animal con lenguaje. La tabula rasa es un sueño vacío.

Otros animales tienen repertorios rudimentarios de señales, pero no califican como lenguaje. La ilimitada productividad de señales es lo que tradicionalmente se ha citado que distingue al lenguaje genuino de los gruñidos y rugidos de los monos. La gente sigue emitiendo oraciones que nunca antes han ido escuchadas y éstas son entendidas. El método, como ya lo señalamos, es la recursión.

Chomsky, impresionado con la rapidez que el niño domina este arte complicado, conjetura que la gente nace con una substancial ventaja inicial en el lenguaje. Conjetura que al nacimiento conocemos casi tanta gramática como es compatible con la diversidad de lenguajes reales. Esta dotación les ha parecido excesivamente a los críticos. Chomsky ha explorado sus límites mediante el

estudio de los universales lingüísticos: los rasgos comunes a todos los lenguajes.

La noción de universal lingüístico es una noción escurridiza y necesita que se le sujete con criterios empíricos firmes. De lo contrario, hay el peligro de atribuir a otros lenguajes rasgos del nuestro sobre la base de las correlaciones que nosotros mismos hemos impuesto. Al analizar cualquier lenguaje estamos obligados a elaborar para éste alguna estructura gramatical y los términos que usamos en ello son capaces de reflejar indebidamente lo que hemos conocido domésticamente (*at home*). Un universal lingüístico puede calificar como auténtico solamente si podemos darle un criterio que esté basado en la conducta de hablantes nativos sin referencia a alguna codificación previa de su lenguaje por nuestra parte. Tenemos aquí otro vislumbre del carácter conductual de la lingüística responsable.

La conjetura de Chomsky y sus alternativas son un asunto pendiente e interesante. En todo caso podemos estar seguros que los límites de nuestra disponibilidad innata al lenguaje son bastantes amplios; y los pormenores neurológicos y genéticos de esa dotación innata son un misterio fascinante. Entender estas cuestiones sería entender la fisiología de las disposiciones a la conducta verbal- la fisiología del lenguaje.

Pero, independientemente de tales asuntos, es claro que cualquier lenguaje particular se adquiere como la lengua materna solo por medio de la observación recíproca de la conducta verbal y de la reacción manifiesta a la conducta verbal en circunstancias observables. Volviendo a mi analogía, diremos que el asunto de la dotación innata encaja dentro de los arbustos. Entre más rica sea la dotación innata, más semejante será el patrón interno de las ramas de arbusto Chomsky tendría muy semejantes los patrones de las ramas, dejándole una variación libre tan solo a la ramitas. Sea como fuere, el condicionamiento social poda los arbustos y les da uniformidad externa; y lo que estudia la lingüística es la forma externa.

Tal es el trasfondo de mi tesis de la indeterminación de la traducción. Me ocupo de la situación poco frecuente de la traducción radical, donde no hay lenguajes intermedios conocidos como paradas en el camino. Este expediente elimina la complicación de tradiciones compartidas de traducción a partir del pasado lejano; y pone al descubierto la cuestión de hacer corresponder oraciones de la jungla con oraciones en inglés sobre la base del parentesco del significado reconocible conductualmente.

El punto por considerar es el carácter limitado de los datos disponibles. Las elocuciones de los nativos pueden anotarse, juntamente con las circunstancias observables en el momento. Los gestos concurrentes y las expresiones faciales pueden ser de ayuda. Las elocuciones, empero, no siempre están relacionadas con las circunstancias externamente observables en el momento; hay proyectos en curso y experiencias pasadas compartidas. Una fuente de prueba de la pertinencia de las circunstancias concurrentes es la recurrencia de la elocución en circunstancias manifiestamente semejantes. Es claro, empero, que los datos que pueden recogerse así, en un tiempo razonable, por medio del escuchar diálogos son desesperadamente exigüos. El primer gran paso hacia adelante es el recurso de preguntar y de asentir o disentir. Puede hacerse cuando el investigador conjeturalmente ve la forma de reconocer los signos de asentimiento y desentimiento en la sociedad de la jungla. En este punto puede proponer una oración nativa para asentimiento o disentimiento de la parte del indígena, en circunstancias que pueden ser pertinentes.

Así puede obtener datos pertinentes en lugar de tan solo esperarlos pasivamente. Podría, concebiblemente, no acertar respecto de los signos de asentimiento y disentimiento. Si esto es el caso, su investigación ulterior languidecerá y podrá intentarlo de nuevo. Pero hay mucho con lo cual se puede trabajar para identificar esos signos. Por mencionar algo, un hablante asentirá a una elocución en cualesquiera circunstancias en las que él estuviese dispuesto a ofrecerlo.

Para entonces, el investigador ha acumulado una buena cantidad de correspondencia entre las oraciones de la jungla y las oraciones en inglés; pero, todavía la mayoría de las elocuciones de la jungla que ha registrado permanecen no interpretados (unconstrued), presumiblemente siendo de poca importancia para las circunstancias observables en las que las registró.

Las correlaciones logradas hasta aquí son entre oraciones; pero entonces el investigador puede tentativamente pasar a aparear segmentos de estas oraciones de la jungla con los componentes de las oraciones en inglés, si esos segmentos se han repetido en otros contextos. Así se comienza un diccionario de fragmentos de las elocuciones de la jungla: fragmentos que pueden considerarse como palabras. Estas palabras, muchas de ellas, se repiten en las elocuciones registradas de la jungla, que no habían sido perceptiblemente relacionadas con sus circunstancias concomitantes observables. Aquí, entonces, hay un punto de partida para una construcción conjetural de interpretaciones para aquellas elocuciones no ajustadas. Alguna ayuda puede obtenerse de la continuidad: elocuciones sucesivas deben tener alguna conexión entre sí.

Claramente, sin embargo, la libertad de conjetura, la amplitud de la creación libre se vuelve en este punto enorme. Si puede obtenerse un manual de traducción que se ajuste a todos los controles donde una elocución de la jungla pueda vincularse a circunstancias observables concurrentes, es cierto que, indefinidamente muchos otros manuales son posibles, manuales que se ajustarían a todos los controles igualmente bien- a pesar de que cada uno de estos manuales repudie muchas de las traducciones propuestas por los otros. Los manuales concuerdan en las elocuciones que se ajustan a las circunstancias concurrentes observables, y no están de acuerdo con los casos no ajustados.

Tal es la indeterminación de la traducción. No puedo dar un ejemplo. La traducción radical es casi un milagro y no se le dará dos veces el mismo lenguaje. Pero de seguro que cuando

reflexionamos sobre los límites de los datos posibles para la traducción radical, la indeterminación es evidente e innegable.

Un efecto de estas reflexiones, filosóficamente, es el descrédito de la noción acrítica de significado. Una oración tiene significado, pensaba a la gente, y otra oración es la traducción si tiene el mismo significado. Esto, como veremos, no es así.

El desgano para renunciar a la semántica mentalística ha conducido a algunos de mis lectores a esperar que una comprensión más plena de la fisiología de nuestras disposiciones verbales podía revelarlos y por así decirlo, significados ocultos y resolver, después de todo, la indeterminación de la traducción. Por mi lado, digo que no hay nada de tal tipo que revelar. El uso de palabras y oraciones es inculcado y controlado por las transacciones verbales patentes.

Cualesquiera distinciones que estén implícitas en mecanismos internos ocultos son semánticamente irrelevantes, excepto en la medida en que produzcan una diferencia en esos controles.

¿Es entonces la fisiología del lenguaje totalmente ajena a la indeterminación de la traducción? Casi. Si hay un apreciable grupo de universidades lingüísticas a los que todos los lenguajes naturales están comprometidos por nuestras dotaciones innatas como cree Chomsky, entonces nuestra libertad de opción al concebir manuales de traducción ha de ser, correspondiente, restringida. No obstante, la diversidad mundial conocida de estructuras gramaticales brinda poca esperanza de imperativos substanciales.

La crítica del significado a que se apunta con mi tesis de la indeterminación de la traducción está destinada a eliminar conceptos erróneos, pero el resultado no es el nihilismo. La traducción permanece y es indispensable. La indeterminación quiere decir que no hay una traducción sino que hay muchas. Un buen manual de traducción se ajusta a todos los posibles controles de disposiciones verbales; y lo que no emerge en ningún control no puede hacer daño.

Dada la conformidad con todos los controles, hay valores ulteriores que buscar. Donde hay opción, preferimos una traducción que le atribuya a los nativos creencias verdaderas o verosímiles, o creencias que parecen ajustarse naturalmente a la observable forma de vida de estos. Aún más, siendo las otras cosas iguales, apreciamos la simplicidad de la formulación global.

Tampoco repudio la semántica a rechazar la vieja noción de significado. Hay mucho trabajo útil o hecho y por hacer en lo que respecta a la manera y la circunstancia del uso de las palabras. La lexicografía es su manifestación práctica y hay también mucho campo de acción para refinamientos de la teoría semántica. Pero yo no procuraría una rehabilitación científica de algo como la vieja noción de significado; se ve mejor como un escollo eliminada. En efecto, en los últimos años ha sido más un escollo para los filósofos que para los lingüistas, quienes como era de esperar, no lo han, sencillamente, encontrado técnicamente útil.

Mis lectores han tenido dificultades persistentes en ver como la indeterminación de la traducción no es sino un caso especial de la tesis verosímil de que la ciencia teórica es en un principio sub determinada por todas las posibles observaciones. Quizás el punto se concrete ahora más claramente. Las disposiciones verbales son todo lo que hay de real acerca del lenguaje, y estas determinan la traducción hasta el punto de decidir entre manuales incompatibles. No hay por consiguiente un hecho residual (residual fact of the matter) para ser determinado. En el caso de la ciencia natural hay, por otro lado, un hecho aun si todas las observaciones posibles son insuficientes para revelarlo unívocamente. Los hechos de la naturaleza sobrepasan a nuestras teorías así como a todas las posibles observaciones. Por otro lado, la semántica tradicional sobrepasa a los hechos del lenguaje.

Al contrastar así la sub determinación de la ciencia natural con la indeterminación de la traducción, he asumido una visión realista de la naturaleza, que en efecto mantengo. Pero

en otro lugar he formulado el contraste sin el realismo de la siguiente manera: la ciencia natural, suponemos de nuevo, está sub-determinada por toda observación posible; sin embargo, supóngase entonces que nos hemos contentado con una de las muchas teorías globales de la naturaleza que se ajusta a toda observación posible, la traducción continúa indeterminada, incluso en relación con la teoría escogida de la naturaleza. Así la indeterminación de la traducción es una indeterminación adicional a la sub determinación de la naturaleza.

Nuestras reflexiones sobre la traducción radical han sugerido con qué poco contamos para construir otro lenguaje en términos del nuestro. Ahora bien, muchas de las mismas consideraciones se aplican a nuestra comprensión de nuestro lenguaje. La cuña de entrada a ambas empresas es la adquisición de expresiones que sean categóricamente apropiadas a la situación observable presente, independiente de cualquier conocimiento previo de lenguaje. Aprendemos estas de alguien que conoce el lenguaje y comparte la observación. En un caso, el resultado es que hacemos corresponder la expresión con una expresión en inglés que se había ajustado a la misma situación observable. En el otro caso, tan solo formamos el hábito de decir voluntariamente la expresión en situaciones similares o de actuar apropiadamente en concordancia con ella (appropriately acting upon it).

La adquisición de nuestro lenguaje en sus alcances ulteriores está además en pie de igualdad con las reconstrucciones tentativas que condujeron hacia adelante a nuestro imaginario lingüista de campo a partir de sus controles iniciales en su empresa de traducción radical. Es una mezcolanza insensata de extrapolaciones y re combinaciones sobre la base de la analogía. Los pormenores son complejos y no bien entendidos en otro lugar, he especulado hasta cierto punto sobre ellos. Al final uno se puede preguntar si, si en todos los vastos alcances del discurso entre controles, expresamos realmente los mismos pensamientos que los que nuestros interlocutores consideran que

expresamos. Lo suponemos, simplemente por falta de un control que diga lo contrario. Podemos mejor preguntarnos si, tiene sentido preguntarse si nuestros pensamientos son semejantes o diferentes en esas nebulosas regiones intermedias.

Déjeme volver a lo que he llamado la cuña de entrada (entering wedge): las expresiones que podrían asociarse con la concurrente situación observable independientemente de cualquier conocimiento previo del lenguaje. Pueden ser oraciones como “está lloviendo” o pueden ser nombres de cosas; pero, inicialmente todas ellas están en pie de igualdad y han ser vistas como oraciones. La noción de objeto y dar nombre no tiene lugar al inicio. Es meramente un asunto de elocuciones asociadas con situaciones observables. Las llamo oraciones de observación. Algunas de ellas están destinadas a repetirse encajadas en oraciones más largas y hacer consideradas finalmente (at length) como términos que se refieren a objetos. Las partes de otras oraciones de observación se repiten de forma simular. Es así como puede decirse que las oraciones de observación están cargadas de teoría: comparten el eventual vocabulario teórico. Es mediante este compartir el vocabulario que el contenido empírico absorbido en la observación, se infiltra en la teoría. Mediante este compartir es que la observación provee los controles para la teoría.

Como lo he dicho, las oraciones teóricas derivan su contenido empírico de las oraciones de observación por medio de conexiones semánticas, que son muy sinuosas y no muy bien entendidas. Las oraciones obtienen su apoyo experimental y su refutación de la observación por medio de esos mismos canales sinuosos. Por toda su complejidad, uno puede decir en general que las conexiones son implicativas. El cumplirse (the fulfillment) de alguna oración observacional en una ocasión concreta es implicada por un cuerpo de oraciones teóricas conjuntamente con algunas oraciones de observación ulteriores que establecen las condiciones experimentales; tal es la naturaleza de la predicción y del experimento.

Es significativo que la contribución observacional está expresada aquí en oraciones, no en términos; la teoría científica que se examina está también expresada en oraciones (se espera que verdaderas) no en términos; y las conexiones pertinentes, por más sinuosas que sean, son un asunto de implicación, que relaciona oraciones y no términos. Los términos, con toda su insigne función de referencia objetiva, figuran en la empresa científica tan solo en algún lugar en el aparato de intermediarios técnicos, que sirven para formular y llevar a cabo estas complejas conexiones implicativas entre oraciones observacionales y oraciones teóricas.

Presenciamos aquí una alarmante degradación de los términos y los objetos. Figuran como meras ayudas técnicas. Cualesquiera objetos servirían lo mismo que cualquiera otros en la medida en ellos que puedan ser correlacionados con éstos uno a uno. Figuran en cuanto nodos de una estructura; y, la estructura es lo que importante Este estructuralismo es lo que llamo relatividad ontológica.

El razonamiento es como sigue: supóngase que hemos formulado una teoría científica con algún dominio de objetos como valores de sus variables y como denotaciones de sus términos; supóngase también cualquier función biunívoca, que será llamada función por substitución que asigna algo a cada objeto del dominio. Los objetos asignados pueden ser tan solo una permutación de los objetos antiguos o pueden ser objetos nuevos. Una nueva interpretación del lenguaje de la teoría puede, por tanto, adoptarse, en la cual los valores de las variables y las denotaciones de los términos se consideran que son los objetos recientemente asignados. Por ejemplo, los objetos de la teoría tal como es originalmente interpretada puede haber comprendido, entre otras cosas, manzanas; la función por substitución puede ser tal que asigne a cada manzana la flor a partir de la cual creció. Entonces al reinterpretar la teoría, sencillamente reinterpretamos los predicados de manera tal que se compense el cambio de ontología. Así, lo que había sido interpretado

como “es una manzana dulce” es reinterpretado como es una “flor que produce una manzana dulce”. Lo que había sido interpretado como “es una manzana más grande que” se reinterpreta como “es una flor que produce una manzana más grande que la que es producida por”.

Hablo de reinterpretación, no de reformulación (rephasing). Todas las palabras se conservan como han sido escritas originalmente. La reinterpretación, empero, abarca a todas las oraciones teóricas y también a las oraciones de observación en la medida en que los términos son recuperables en ellas. Todas estas oraciones se conservan, letra por letra, incambiadas; solamente son reinterpretadas. Pero los objetos referidos han sido reemplazados.

Dado que las oraciones de observación estaban condicionadas a los estímulos simplemente como todos, sin relación a la función referencial de cualesquiera términos componentes, la reinterpretación deja sin tocar los vínculos con la observación. Las relaciones implicativas por toda la red están igualmente sin toca dando que las oraciones han sido mantenidas intactas letra por letra. Todas las oraciones verdaderas permanecen verdaderas y las falsas, falsas. No obstante, han sido cambiados los objetos de los que el sistema pretende tratar. Empíricamente nuestro sistema del mundo está sin cambios; su apoyo observacional está intacto. Ontológicamente es irreconocible.

Anteriormente en este ensayo me lamentaba por la carencia de un ejemplo real de indeterminación de la traducción. Puede considerarse, con todo, que la relatividad ontológica proporciona un ejemplo de tal tipo. Supóngase así que hemos alcanzado un manual de traducción del lenguaje de la jungla al inglés. Reescribamos, entonces, el inglés recurriendo a una función por substitución. Esta vez no solo reinterpretemos mentalmente: ponemos la reinterpretación por escrito, obteniendo así un segundo manual de traducción de la lengua de la selva al inglés. Los dos manuales son, en verdad, igualmente fieles a todos los controles y mutuamente

incompatibles. Pero, este no es un verdadero ejemplo de indeterminación de traducción, ya que los manuales discrepan solamente en el nivel de los términos y la referencia; se conserva la equivalencia en el nivel de oraciones completas.

Vemos que la ontología es relativa al manual de traducción. Tal es su relatividad. La conducta de la gente, ya sea verbal o de otro tipo, no decide respecto de lo que hablan.

Dentro del lenguaje nuestro (home language), la referencia es fácil. Decimos que la palabra “manzana” denota manzanas y la palabra “conejo” denota conejos; y no hay nadie para negárnoslo. Es cuando atribuimos la referencia a otros lenguajes que la relatividad ontológica se manifiesta así misma. ¿Qué puede decirse que se afirma cuando decimos de un francés que por medio de la palabra pomme se refiere a manzanas y mediante la palabra lapin se refiere a conejos? Pienso que al decirlo estamos diciendo solamente que hemos resuelto traducir pomme por “manzana” y lapin por “conejo”.